

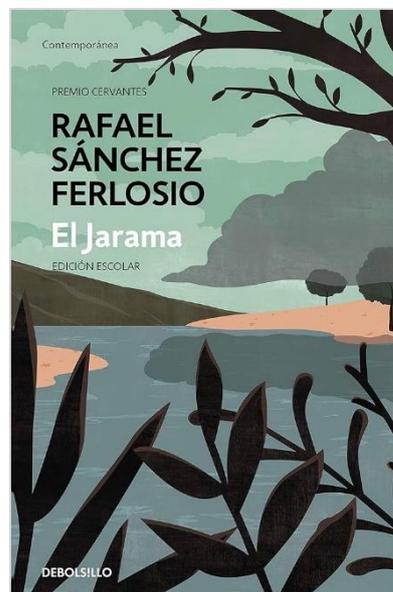


rmbm.org



rmbm.org/rinconlector/index.htm

EL JARAMA



Rafael Sánchez Ferlosio

Murcia

Rafael Sánchez Ferlosio

Roma (Italia), 4.XII.1927 – Madrid, 1.IV.2019

Nació en Roma, fue el segundo hijo del escritor Rafael Sánchez Mazas y de Liliana Ferlosio Vitali. El padre era corresponsal del diario ABC y agregado cultural de la embajada de España en Roma, pero una vez cesado en la legación, el 1 de mayo de 1929, la familia regresó a España y se instaló en la capital. Comprometido con Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FE de las JONS), Sánchez Mazas fue detenido en 1936. Liliana



Ferlosio logró salir de España con sus cuatro hijos y vivió con sus padres en Roma. Rafael asistió al Ginnasio-Liceo Ennio Quirino Visconti, antiguo Collegio Romano. Finalizada la contienda y toda la familia en Madrid, Franco nombraba a Sánchez Mazas ministro sin cartera. El año 1940 fue crucial para la estirpe: nació un nuevo hijo, Franco cesó a Sánchez Mazas y éste heredó una cuantiosa fortuna en Coria (Cáceres); entre los bienes estaba el palacio del duque de Alba, lugar que se convirtió en segunda residencia de la familia. En 1942 su hijo Rafael entraba en el internado de pago de la Compañía de Jesús, el colegio San José de Villafranca de los Barros (Badajoz). En 1946 se preparaba para entrar en la escuela superior de Arquitectura, pero abandonó sus pretensiones y en 1948 comenzaba Filosofía y Letras, con intención de cursar Filología Semítica. Desanimado del estado de la Universidad, decidió renunciar a los estudios en segundo curso. Interesado por el cine y muy influido por el neorrealismo italiano, ingresó en la especialidad de Realización Artística en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas, con resultado infructuoso. En 1951 publicó *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, una insólita novela dedicada a su novia, Carmen Martín Gaité. El mismo año se incorporaba al servicio militar con destino en Marruecos. En 1953, con Alfonso Sastre e Ignacio Aldecoa dirigía *Revista Española*, “publicación bimestral de creación y crítica”, rezaba el subtítulo, y contrajo matrimonio con Carmen Martín Gaité. Un año después la pareja tuvo su primer hijo, Miguel, pero falleció a los seis meses.

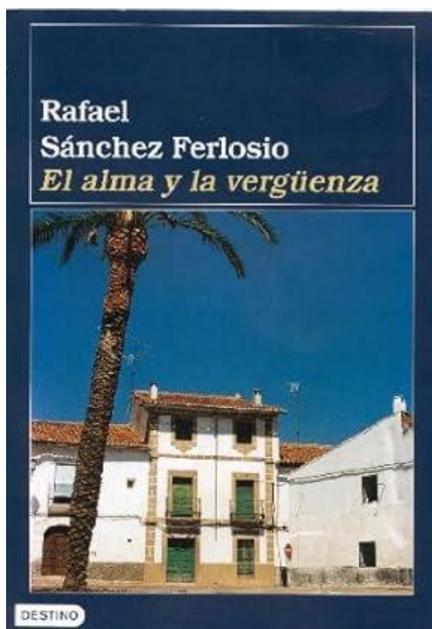
El 6 de enero se fallaba el premio Eugenio Nadal y Rafael Sánchez Ferlosio logró con la novela *El Jarama* todos los votos del jurado, lo que ocurría por primera vez en la historia del certamen. También nació su hija Marta. En 1957 lograba el Premio Nacional de la Crítica. El éxito de *El Jarama* le llevó al encierro, al consumo de anfetaminas, al estudio de la gramática y a la grafomanía. Detestaba el “grotesco papelón del literato” y abandonó la narrativa. A final de 1960 se hizo socio del Ateneo de Madrid, un hervidero de estudiantes de letras y opositores de toda laya... En 1970 Rafael y Carmen se

separaban, y él mantenía una relación amorosa con la joven ateneísta Demetria Chamorro Corbacho.

En 1973 se publicó Lucien Malson: los niños selváticos; Jean Itard: memoria sobre Victor de L'Aveyron; Rafael Sánchez Ferlosio comentarios, traducido al castellano y anotado por Ferlosio, cuyas notas abarcan la mitad de las cuatrocientas páginas del libro, por lo que, a petición de Malson, hubo que retirar la edición. Un año después vieron la luz Las semanas del jardín. Semana primera: Liber scriptus proferetur y Las semanas del jardín. Semana Segunda: Splendet dum frangitur.

Infatigable colaborador en la prensa, vigoroso polemista, Ferlosio fue un escritor en periódicos. En 1983, quien tanto ridiculizaba al periodista y su jerga, recibió el premio de periodismo Francisco Cerecedo. En 1985 fallecía su hija Marta, lo que supuso un duro revés para el autor, que entró en un estado depresivo. Al año siguiente Ferlosio y Demetria se casaron, él regresó a la narración y publicó la novela, El testimonio de Yarfoz, además de artículos con el título La homilía del ratón y los ensayos Campo de Marte 1. El Ejército nacional y Mientras no cambien los dioses, nada ha cambiado.

En 1991 la Comunidad de Madrid le premió en reconocimiento a “toda una vida dedicada al arte”. Quien tenía como máximo título académico el de bachiller, en 1992 fue nombrado doctor honoris causa, “por sus altos méritos culturales” por la Università degli Studio La Sapienza de Roma. También se publicaban dos volúmenes de Ensayos y artículos, donde se reúne la mayor parte de su obra ensayística. Un año después, Vendrán más años malos y nos harán más ciegos, en el que desarrolla la estética de lo que él llama pecios (aforismos). En 1994 recibió el premio Ciudad de Barcelona, publicó Esas Yndias equivocadas y malditas. Comentarios a la historia y logró el premio Nacional de Ensayo.



En 1997 Ferlosio publicaba “La forja de un plumífero” en la revista Archipiélago. Algo insólito en alguien tan reservado, pues se trata de un texto autobiográfico, aunque lo que más le interesaba era destacar sus etapas literarias. En 2000 aparecía en las librerías el ensayo El alma y la vergüenza. Dos años más tarde era nombrado doctor honoris causa por la Universidad Autónoma de Madrid, publicaba La hija de la guerra y la madre de la patria y era galardonado con el premio de periodismo Mariano de Cavia. Le siguió el premio Francisco Valdés y, en 2004, la cumbre: [el Premio Cervantes](#).

Pero su producción no cesó: Glosas castellanas y otros ensayos (diversiones), El geco. Cuentos y fragmentos (2005), Sobre la guerra (2007), God & Gun. Apuntes de polemología (2008). Tras recibir el Premio Nacional de las Letras Españolas (2009), publicó el ensayo de semántica Guapo y sus isótopos. También obtuvo la medalla de oro al mérito de las Bellas Artes, el premio internacional Caballero Bonald, y diversas calles e instituciones llevan su nombre... El 1 de abril de 2019 Rafael Sánchez Ferlosio moría en Madrid a los noventa y un años.

Dejó una obra inmortal.

UN ESCRITOR MÁS ALLÁ DE LOS GÉNEROS

Ferlosio por Ferlosio

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO | 29 ENERO 2005

Autor de novelas como *El Jarama*, un clásico de la literatura de la posguerra, se ha volcado en el ensayo en los últimos años. Además, le gusta poco hablar de sí mismo: de ahí esta propuesta de recorrer algunos de sus temas y opiniones a partir de algunos escritos suyos y de diversas entrevistas concedidas a este diario.

Instinto y experiencia. "Hace dos veranos, paseando por unos jarales, al pie de La Maliciosa, creí descubrir de pronto, melancólicamente, que yo era, tal como apunté en una libretita, 'un animal sin instinto y un hombre sin experiencia'. Lo del instinto me saltó a la vista por lo ajeno que me sentía, en cuanto a percepción y a sensibilidad, con cualquier cosa que pudiese captar en aquel paraje bravío y solitario, y eso que, en toda mi juventud he andado muchísimo por el campo. La introspección acerca de la 'experiencia' me surgió de reflejo. He oído hablar a muchos de 'experiencia', de 'experiencias', de 'experiencia vivida', de 'experiencias de la vida', de 'lo que les ha enseñado el mundo', de 'lo que han aprendido en la calle'; pues bien, yo me sentía por los cuatro costados tan indigente de todo eso -sea lo que fuere lo que quiere decir- que ni siquiera podía localizar en mí nada que me permitiese precisar empíricamente lo que pueda encerrarse tras de tales expresiones. Entonces vi o creí ver que si yo tenía algo que pudiese llamarse 'adquirido' en el alma y en la mente, todo podía remitirlo tan sólo a la información escrita, a la lectura, cosa que nadie incluye ni en el instinto ni en la experiencia. Por eso, a mi vez, no puedo sino estimar la escritura como única forma posible de relación con el mundo, los hombres y las cosas'. (Entrevista con Alfonso Armada, publicada en EL PAÍS el 23 de mayo de 1992).

Preguntas, respuestas. "Al entrevistador le perdonamos siempre las tonterías que nos pregunta. Nunca le perdonamos las chorradas que nosotros contestamos". (Entrevista con Feliciano Hidalgo, publicada en EL PAÍS el 20 de noviembre de 1994).



Ferlosio, segundo por la izquierda, junto a unos amigos y su mujer entonces, Carmen Martín Gaité, pasean por Barcelona (1955), cuando fue a recoger el Premio Nadal por su novela «El Jarama»

Escribir. "Siempre se escribe para los demás. Pero yo no escribo con la necesidad inmediata de publicar. Siempre digo que yo sé hacer punto, pero que lo que no sé es hacer jerséis". (Entrevista con Arcadi Espada publicada en EL PAÍS el 4 de mayo de 2002).

La musa. "Quiero decir que cada vez se hace en mí más fuerte y más fiadera la impresión de que todo lo que encontramos de realmente feliz en una obra literaria nunca ha sido producto de invención y elaboración deliberada, sino instantánea flor de ocurrencia sobrevenida". (De 'Teoría de la musa', del libro *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*).

Furor grafomaniaco. "La anfetamina misma es, ya por sí sola, extremadamente querenciosa de la soledad. Cuando me encerraba no quería ver a nadie. Un verano -sería el del 59-, en que me quedé solo en Madrid, llegué incluso a arrancar el cable del teléfono. El resto del año, el sistema era así: me quedaba una media de 4 días con sus 4 noches en sesión continua de lecturas y escrituras gramaticales, con luz eléctrica también de día, como Monsieur Dupin, el de El misterio de la calle Rôget y Los crímenes de la calle Morgue; al fin caía redondo y me dormía durante 24 horas o más, salvo 1 o 2 despertares para comer y beber y con una maravillosa bajada de tensión. Después cogía a mi niña -que en el 60 cumplió los 4 años- me pasaba con ella 4 o 5 días sin interrupción; íbamos a los parques y a visitar museos [...]

Nunca me lo he pasado mejor que aquellos 15 años -del 57 al 72- de gramática, casi en exclusiva, y de mayor furor grafomaniaco". (De *La forja de un plumífero*, publicado en Archipiélago, número 13, invierno de 1997).

Manías. "Sin que el orden en que van enumeradas signifique el grado en que lo hacen, me encolerizan, que ahora recuerde, las siguientes cosas: 1. Esa especie de 'astucia de la razón' de los liberales que es la fe en la llamada 'mano invisible' (pretenden haber renegado de la filosofía de la historia, pero sólo han renegado de lo único bueno que tenía: su negatividad, o sea, la denuncia del determinismo como el mal contra el que había que rebelarse y del que había que liberarse). 2. La mano invisible -escandalosamente visible- de la mano invisible: la publicidad. 3. La sociedad de consumo en especial referida a la cultura del petróleo, y sobre todo el automóvil y la motocicleta. 4. El deporte competitivo, especialmente si es de masas. 5. Las mismas masas... ¡Ah!, y 6. El rock". (De la entrevista con Alfonso Armada).

Etapas. "Primero incurrí en 'la prosa', o sea 'la bella página' (Alfanhuí); después quise divertirme con el habla (El Jarama), y finalmente, tras muchos años de gramática, encontré la lengua (representada no tanto en la última novela, sino particularmente en los escritos no literarios)". (De La forja de un plumífero).

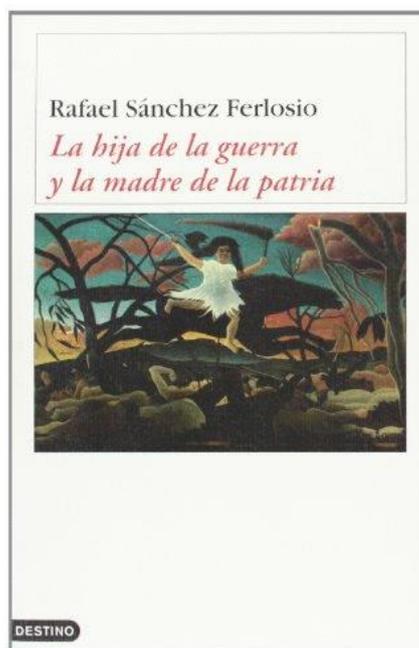
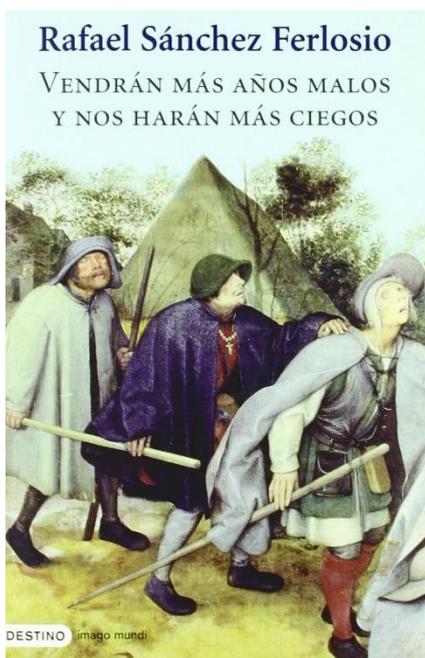
La guerra. "El hombre ama la guerra. Es el momento de plenitud de los pueblos, y la que los ha creado como tales. Todos la encarecen como el momento en que se ejercen todas las virtudes de fraternidad y solidaridad entre los hombres, se olvidan los rencores, se disipan los problemas individuales y la nación se levanta como un solo hombre frente al enemigo. En uno de los ataques israelíes contra Damasco, en que los sirios disponían de cohetes tierra-aire buscadores, y que por añadidura dejaban trazado en el aire la estela de su recorrido, ¿cree usted que la población de Damasco fue a refugiarse a los sótanos de las casas? Todo lo contrario: niños, mujeres, ancianos, la ciudad entera se subió a las azoteas, y cada vez que veían un cohete sirio alcanzar y derribar un Phantom israelí, todo Damasco era un inmenso grito de júbilo y exultación triunfal. A los hombres les gusta la guerra. Como yo sé, por mi ya hace tiempo reprimida y jubilada afición de cazador, el sentimiento de poder que se experimenta al fulminar en el aire una perdiz y verla golpear el suelo como una masa inerte, conozco cuáles son los acrisolados instintos de esta civilización que sigue teniendo por centro la guerra, el poder y la victoria". (Entrevista con Juan Cruz, publicada en EL PAÍS el 19 de agosto de 1990).

El horrendo tinglado. "(Al Creador). Señor, ¡tan uniforme, tan impasible, tan lisa, tan blanca, tan vacía, tan silenciosa, como era la nada, y tuvo que ocurrírsete organizar este tinglado horrendo, estrepitoso, incomprensible y lleno de dolor!". (De Ventrán más años malos y nos harán más ciegos).

Alma de siervo. "Tan despiadadamente autoritario debía de ser el ángel o el demonio que me veló en la cuna, que nunca me ha dictado más que un único, omnímodo y vacío mandamiento: 'Obedece'. Jamás he sido libre; toda la vida he estado obedeciendo con la paciente desgana de un burócrata pasmado, y encima siempre sin saber a qué". (De La hija de la guerra y la madre de la patria).

Periódicos. "Compro tres y a veces cuatro periódicos diarios. Los paso de cabo a rabo, saltándome las páginas del motor, las de deportes y casi siempre las de cultura, pero leer, leo muchas noticias de internacional y, de nacional, las que no se refieren a las luchas de los partidos, que para mí entran en la categoría de chismes, y luego, según los días uno, dos o tres artículos de opinión de cada diario y algún columnista, a veces para escandalizarme". (Entrevista con Patxo Unzueta, publicada en EL PAÍS el 27 de noviembre de 1993).

"Los diarios son realmente estimulantes. No conozco nada mejor para cabrearse". (De la entrevista con Arcadi Espada).



Dimisión. "No ha de extrañar que el ánimo en que me pone la mañana sea, cada día más decididamente, el de correr en el acto a presentar mi dimisión irrevocable. Pero no puedo darme tal satisfacción, porque no existe el organismo idóneo para una dimisión como la mía". (De Vendrán más años malos y nos harán más ciegos).

Siglo XXI. "He aquí que finalmente nos hallamos en perfectas condiciones de adivinar literalmente, sin temor a equivocarnos, lo que pondrá en la última pintada de la última pared que quede en pie en toda la historia de la especie humana: '¡Qué vergüenza!'. (De La hija de la guerra y la madre de la patria).

Alma de guerrero. "Yo no he reprimido del todo mi alma de guerrero y cuando me emborracho cuento la batalla de Salamina. Y lloro". (De la entrevista con Feliciano Hidalgo).

https://www.estandarte.com/critica/el-jarama-de-rafael-sanchez-ferlosio_234.html

TRÁGICO DOMINGO AL SOL EN *EL JARAMA* DE RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

En la España de los 50, jóvenes sin futuro pasan un asfixiante día de verano a la orilla del río. Los veremos reír, tontear y discutir hasta el fatal desenlace

Ascensión Rivas | 7 AGOSTO 2022



Rafael Sánchez Ferlosio (Roma, 1927 - Madrid, 2019) escribió *El Jarama* en Madrid, entre el 10 de octubre de 1954 y el 20 de marzo de 1955. A pesar de que la novela le proporcionó un éxito importante, **renegó públicamente de ella** en distintas ocasiones; incluso durante años abandonó la ficción y se dedicó al cultivo del ensayo.

Desde su aparición, los analistas valoraron la novedad de un texto que se sustenta sobre los diálogos y supieron apreciar el esfuerzo de un autor que se mantiene oculto detrás de un narrador objetivo, aparentemente refractario a la manifestación de emociones. De hecho, se alzó con el Premio de la Crítica en 1956 y un año antes con el Eugenio Nadal.

La obra, no obstante, resulta conmovedora. Ferlosio es capaz de transmitir piedad por sus protagonistas, unos individuos que muestran la inquietud, el malestar y el desasosiego de sus vidas sin alicientes. Con el paso del tiempo, además, lejos de perder valor, el libro se ha convertido en un hito de la historia de nuestra narrativa, hasta el punto de ser catalogado como **una de las cien**

mejores novelas españolas del siglo XX.

Rafael Sánchez Ferlosio (Roma, 1927 - Madrid, 2019) escribió *El Jarama* en Madrid, entre el 10 de octubre de 1954 y el 20 de marzo de 1955. A pesar de que la novela le proporcionó un éxito importante, renegó públicamente de ella en distintas ocasiones; incluso durante años abandonó la ficción y se dedicó al cultivo del ensayo.

Desde su aparición, los analistas valoraron la novedad de un texto que se sustenta sobre los diálogos y supieron apreciar el esfuerzo de un autor que se mantiene oculto detrás de un narrador objetivo, aparentemente refractario a la manifestación de emociones. De hecho, se alzó con el Premio de la Crítica en 1956 y un año antes con el Eugenio Nadal.

La obra, no obstante, resulta conmovedora. Ferlosio es capaz de transmitir piedad por sus protagonistas, unos individuos que muestran la inquietud, el malestar y el desasosiego de sus vidas sin alicientes. Con el paso del tiempo, además, lejos de perder valor, el libro se ha convertido en un hito de la historia de nuestra narrativa, hasta el punto de ser catalogado como una de las cien mejores novelas españolas del siglo XX.

Nos encontramos ante un clásico en el que Sánchez Ferlosio consigue captar el temperamento de un gran número de personajes, un texto en el que demuestra tener un oído finísimo para las hablas populares y que revela su asombroso talento para hilar una trama muy simple —en la que apenas sucede nada—, manteniendo el interés del lector de principio a fin.

La narración, además, presenta una instantánea de la España de los años cincuenta, de sus hombres y mujeres, de sus costumbres, de su educación y de su forma de vivir.

La historia, como sucede en *Ulises* de James Joyce o en *Mrs. Dalloway* de Virginia Woolf, se desarrolla a lo largo de un día —unas dieciséis horas— a mediados de agosto, y es de sobra conocida. No en vano, es lectura obligatoria en el Bachillerato, de modo que ha acompañado la adolescencia de un buen número de españoles.

Como hace mucho calor en la capital, una pandilla de chicos y chicas, de bajo extracto social, decide disfrutar del domingo a orillas del Jarama. Ferlosio, que conoce bien el espacio geográfico concernido, lo describe con minuciosidad de entomólogo. Se trata de un tramo del río que tiene cierta profundidad porque a pocos metros el agua se represa. Por eso lo eligen los madrileños para bañarse, a pesar de que en verano su caudal discurre arcilloso y a pesar también de que desconocen su peligro.

Aliviar el calor

Al hacerse tan popular, cerca de su ribera proliferan las ventas y aguaduchos. Allí adquieren vino, licores y refrescos quienes van de jira; incluso algunas familias, temerosas de acercarse a la orilla con su prole, se cobijan del implacable sol estival en sus jardines y patios emparrados. Cualquier cosa es buena si alivia las altas temperaturas. Al mismo tiempo, estos establecimientos tienen una parroquia fija, como sucede con la venta de Mauricio, lo que sirve para situar la acción en dos lugares próximos, aunque distintos, que, a su vez, albergan dos tipos de personajes: los jóvenes, que pasan el día a la vera del río, y los de mayor edad, que lo hacen en la venta y alrededores.

A lo largo de la novela son constantes las referencias al calor. Desde primera hora de la mañana, los fieles de la cantina dan cuenta del bochorno cuando aluden a los treinta y cinco grados a la sombra que sufrieron los días previos, mientras se preparan para una jornada igualmente abrasadora. En este sentido, Ferlosio describe el movimiento del sol, lo que le sirve no sólo para reflejar la evolución de un día ardoroso, sino también para marcar el transcurso de las horas.

En el tramo final, el sol da paso a la luna. Los dos astros son inequívocos protagonistas del relato y están dotados de un claro valor simbólico. El sol de El Jarama es el de mediados de agosto: asfixiante a mediodía, sofocante durante las primeras horas de la tarde, enrarecido y denso antes del atardecer e irrespirable en todo momento.

Es el foco, potente y vigoroso, que seca los cuerpos tras el remojón en el río, el que enrojece la piel expuesta a su inclemencia (“Me he puesto como un cangrejo”, dice una de las chicas mientras se viste al atardecer), el que quema las plantas de los pies de quien camina descalzo sobre la arena recalentada, el que deshace el hielo de la sangría, el que excita los ánimos de los concurrentes, provocando su hosquedad, y el que imprime a los cuerpos una pereza que a veces desemboca en desidia (“Tiene uno poca gana en el campo a mediodía, en toda la fuerza del sol”, observa uno de los parroquianos).

El sol refulge en las tarteras y platos metálicos, y se transforma en un rectángulo cegador desde el interior de la tasca. Y en la pluma de Ferlosio, además, puede convertirse en un instrumento poético de primera magnitud: “alguien lo hizo [al sol] teñirse en lo rojo de un vaso levantado y apurado de pronto; alguien lo tuvo todavía en su pelo, en su espalda, en sus pendientes, como una mano mágica”. Al atardecer, cuando va declinando, los colores de la naturaleza se densifican y viran hacia el púrpura y el naranja intenso, y en las eras se percibe cómo su calor ha fosilizado surcos y terrones.

Entonces, de forma súbita, un viento que augura el otoño levanta un polvo rastrero y el sol da paso a una luna de sangre –“roja, inmensa, cercana”– que anuncia la tragedia; una luna que sorprende a Carmen y a Santos en el campo y los sobrecoge. Y mientras esto sucede, una muchacha, la más insignificante, se ahoga, ebria, en la oscuridad del río. Lo hace apenas sin ruido, como vivió durante sus escasos veinte años. Simultáneamente, las familias respiran el frescor de la noche y los jóvenes que tienen más suerte regresan a Madrid, donde el lunes recuperarán su vida desencantada.

La novela contiene reflexiones memorables sobre el paso del tiempo, sobre la fragilidad de vivir, sobre el porvenir aciago de jóvenes y mayores en una España sin alicientes, anclada en la pobreza y en la miseria espiritual, sobre el deseo de huir y la imposibilidad de hacerlo, sobre la alegría y la tristeza, sobre la desilusión y la belleza de lo efímero... Una (re)lectura imprescindible (y actual) bajo una sombra que mitigue los rigores del verano.